

## CAPITULO XVIII

LA REACCION Y LA REVOLUCION RELIGIOSA, DESDE LA ARMADA INVENCIBLE HASTA LA PAZ DE WESTFALIA

La reaccion terrible, que debia contrastar los esfuerzos revolucionarios, en cumplimiento de las leyes históricas, tuvo su dogma en el jesuitismo de San Ignacio, su Congreso y Convencion político-religiosa en el Concilio de Trento, su cabeza en los grandes Papas absolutos del siglo décimosexto, como los Paulos III y IV, los Pios y Sixtos V, su brazo derecho en Felipe II, el mas poderoso y mas fanático entre todos los reyes del mundo. Venció la Reforma en los Países Bajos, venció en los principales cantones suizos, venció en los pueblos escandinavos, venció en la parte mas influyente y mas considerable de la vieja Germania, estatuyendo el derecho personal y la libérrima inspiracion de la propia conciencia en las interpretaciones de los libros sagrados y siendo, por virtud eficaz de tal principio y dogma, el hombre individual sacerdote de sí mismo. Al comienzo de la revolucion, los Papas creyeronla una herejía tempestuosa pero transitoria, cual tantas otras como habian relampagueado en el cielo inmenso de la conciencia romana; pero, luego que la Reforma quemó las bulas pontificias; resistió al poder imperial en la dieta de Worms; organizó Estados, como Sajonia, Hesse, y Brandeburgo; tuvo Repúblicas, como la República holandesa, la helvética, y la ginebrina; llevóse consigo poderes tan fuertes como el poder de los Tudores en la monarquía inglesa; penetró por tan apartadas regiones como Dinamarca, y Suecia; el Catolicismo comprendió la necesidad inevitable de una grande resistencia, organizada, en primer lugar, por la formidable asociacion jesuítica, y sostenida por la omnipotente casa de Austria; con el formidable con-

curso de la nacion española, poseedora entonces de la mayor parte del planeta. Un solo jefe, como el Pontífice; un solo Estado, como aquella monarquía española, de la cual fueron ó tributarios ó enemigos todos los reyes; un solo ejército espiritual, basado en el silencio de la conciencia y en el suicidio de la voluntad, como el jesuitismo, con su rigurosa militar disciplina; hé ahí cuanto llevó la reaccion formidable al encuentro de aquella revolucion espiritual, tan extensa como profunda; y no solo temible por su fuerza y por su vigor, al nacer, sino temible por las consecuencias inmanentes que debia dejar en la sociedad y en la historia.

Veamos las alternativas de tal batalla en los tiempos, que contiene y encierra el expresivo lema de nuestro capítulo. Ya hemos visto cómo empezó la reaccion violenta y cruel á posesionarse del ánimo de Carlos V, en Yuste, y le constriñó á poner la tea de los terribles Autos de Fe ortodoxa en manos de Felipe II, quien debia consumir en sus hogueras los gérmenes de la revolucion religiosa entre nosotros; ya hemos visto las disposiciones tomadas por los Papas inquisidores, para exterminar la Reforma y sus consecuencias propias en el suelo de Italia; ya hemos visto cómo el Concilio de Trento fundó y organizó un absolutismo pontificio, cual no se viera ningun otro semejante ni parecido en los tiempos anteriores de la Iglesia católica; ya hemos visto como los jesuitas organizaron á servicio de tal despotismo el mayor ejército religioso, que ha conocido la historia; ya hemos visto los combates de la nacion española con los Países Bajos, de Saboya con Ginebra, de la liga católica francesa con los hugonotes, de Isabel Tudor con María Estuardo, de Felipe II con Inglaterra; y vamos á ver ahora el desarrollo de todos estos conflictos, y su resultado, en los tiempos conocidos con el nombre de «Guerra de Treinta años» y terminados por la paz de Westfalia, en cuyos cánones el Protestantismo consigue implantar el principio del respeto internacional á las creencias religiosas, germen primero de aquella libertad de cultos, que luego se inscribió por las revoluciones políticas derivadas de la revolucion religiosa en todos los códigos fundamentales de todos los pueblos modernos, que han constituido con gloria suya y en provecho de la humanidad el régimen parlamentario.

Baviera representó en Alemania lo mismo que nuestra España en Europa,

la iniciación de todas las reacciones. Introducidos y acampados en Baviera los jesuitas desde 1549, ya en 1563 habían ganado por completo al duque Alberto, y constreñídole á tomar todas las poblaciones de su ducado enardecidas por el Protestantismo y á establecer allí una fortaleza inexpugnable á servicio y defensa de la reacción ortodoxa. Los electores eclesiásticos de Alemania siguieron el camino abierto por la dinastía bávara. Uno, entre ellos, el arzobispo Tronchesse de Colonia, pasóse desde la religión secular á la religión nueva, mas que á impulsos de sus creencias, á impulsos de sus amores, perdido por Inés Mansfeld, á cuyas plantas depuso mitra y fe. La conversión de tal potentado eclesiástico interesaba mucho á los protestantes, pues con él y por él podía tener un voto mas en el gran colegio electoral de los Césares el protestantismo, é impedir la elección de los Austrias. Mas la reacción no se dió punto de reposo en defenderse contra tal agresión horrible; y el arzobispo apóstata fué depuesto por las tropas bávaras y españolas en abierta guerra. El Austria no tomó al comienzo de la reacción universal en su defensa toda la parte que le aconsejaban sus propios intereses. Fernando, aunque nieto de los Reyes Católicos y hermano de Carlos V y tío carnal de Felipe II, como peleara en el Congreso de Trento para una inteligencia entre las dos comuniones, dejó toda su vida en libertad á los varios cultos dentro de sus múltiples y diversos Estados. Maximiliano, su hijo, que reinara doce años, llevó tan lejos como el propio padre la tolerancia religiosa. No así Rodolfo, su heredero, elevado al trono austriaco en 1576. Este príncipe había vivido en España, tratado al rey Felipe II, visto las ceremonias espléndidas del Catolicismo intolerante bajo los altos arcos del Escorial, presenciado los excesos de fe que atravesaran el alma de quien llevaba sobre sus hombros el peso todo de la reacción religiosa. Y al ir desde Madrid á Viena, llevaba de tal suerte la intolerancia en su ánimo, que concibió la exterminación de los protestantes, realizada luego con empeño, al cual los sectarios de la nueva fe huyeron, y se asentó sobre las tierras desoladas una paz religiosa bien semejante á la muerte.

La reacción, ideada por el violentísimo Rodolfo, tendió sus mallas sobre todos los Estados y pueblos dependientes del Austria. Hungría y Bohemia, incorporadas al Imperio en los primeros años del siglo décimosexto, tui-

ron que sufrirlas, si bien con escasa conformidad, y que rechazarlas al cabo con verdadera energía. Rodolfo no comprendió jamás cómo los reaccionarios violentos necesitan fuerzas tan grandes como las fuerzas de su modelo Felipe II, y apoyo tan firme como el apoyo de un trono español, mantenido en aquellos tiempos esencialmente monárquicos, por la fe ciega de todos sus vasallos. La familia del Emperador, dividida en grupos varios cuasi feudales por las ambiciones propias de toda dinastía, debilitó mucho la imperial autoridad en manos de Rodolfo y le obligó á transacciones solo dictadas por su debilidad. Los magnates de Transilvania, los magyares de Hungría, los archiduques protectores de Bohemia comprendieron cómo la persecución religiosa desataba los lazos políticos y la conjuraron por medio de tratados, en los cuales se admitía y organizaba una indispensable tolerancia. Conviene al mejor conocimiento de los hechos recordar estos pactos entre los pueblos y los príncipes, dado que su violación origina la guerra de los Treinta años; y que la guerra de los Treinta años corona las guerras religiosas, é importa, por lo menos, tanto como los conflictos entre Holanda y España, entre España é Inglaterra, entre Inglaterra y Francia, entre Francia y Alemania, fecundos todos ellos en consecuencias incalculables, así para la revolución como para la reacción religiosas.

Polonia, donde la nueva idea contó muchos sectarios en la potente aristocracia territorial, tornóse á la reacción por fines del siglo décimosexto, en virtud del cambio de su monarquía, la cual pasó desde las manos de una poderosa familia, por fin extinta en todas sus ramas, á las manos de la nobleza misma, que le dió su carácter electivo y la sometió á sus oligárquicos privilegios. Mientras luchó con la monarquía, fué protestante la nobleza, porque le inspiraba el Protestantismo ideas de libertad y de resistencia moral; pero, en cuanto la monarquía estuvo rendida bajo la tutela del patriciado, convirtióse aquella inquieta nobleza, con veleidumbre punible, al Catolicismo, creyéndolo mas propio para el poder absoluto de los príncipes y la ciega obediencia del vasallaje. Así, en todas las elecciones, procuró tener monarcas jesuitas ó devotos al jesuitismo. Además, territorial, como propietaria, la histórica nobleza polaca, protegía, y aun atizaba la rivalidad antigua de los campesinos con las ciudades; y como los campesinos, de suyo inmóviles, en

el terruño, propendian á la reaccion religiosa, mientras las ciudades, móviles y progresivas de suyo, propendian á la revolucion religiosa, encendió los ánimos, desavenidos unos de otros, la nobleza, y mantuvo la discordia. Cuando llegó la época de aquellas guerras universales, impulsadas por las consignas pontificias y mantenidas por el maquiavelismo jesuita, los campesinos se lanzaron sobre los ciudadanos, como las alimañas feroces sobre los viandantes. La monarquía resultó un feudo del jesuitismo, y la guerra civil continua llegó á debilitar en tales términos aquel ilustre Estado, y aquella poderosísima raza, que preparó su desmembracion y su ruina, todavía no reparada, como se ha reparado la ruina de Italia, Grecia, y Hungría, por la justicia de nuestro siglo.

Subió, subió como una ola en todas partes la reaccion religiosa. El Pontificado envió misioneros á los pueblos protestantes, como pudiera enviarlos á los pueblos salvajes. Tales misioneros, que necesitaban unir á la fe vigorosa del creyente la doblez astuta del cortesano, salian todos sin excepcion del jesuitismo é iban todos á donde les mandaban sus superiores con la exaltacion de un mártir junta por milagroso contraste á la frialdad é indiferencia de un estadista ó de un político. Peligrosas estas intrigas cortesanas en pueblos enardecidos por la fe protestante; pero los jesuitas solian dirigirse al corazon de las mujeres, en guisa de los primeros obispos católicos, los cuales realizaron, tanto en España como en Francia, la conversion de los godos y de los francos arrianos al Catolicismo por medio de sus reyes y príncipes, Clodoveo, Recaredo, Hermenegildo; y la conversion de los reyes por medio de sus esposas católicas. Juan III de Suecia tenia, cuando el siglo décimosexto se acababa, una mujer de sangre polonesa, completamente adscrita de suyo al jesuitismo. Uno de los principales jesuitas, célebre por su habilidad, por su destreza, por su disimulo, se deslizó en el corazon de la Reina; y desde tan formidable fortaleza sojuzgó el corazon de su marido. Tienen los jesuitas por costumbre preparar las grandes intrigas con meditada lentitud y resolverlas y desatarlas luego con celeridad y precipitacion. El embajador de la órden lograra mas ventajas, si tuviera mas miramientos. Pero, decidido á una conversion súbita de reino, que no admitia su fe, impulsó los sucesos con impaciencia; y no llegó al completo logro de sus planes. Mas Segismundo III

concedió lo que no concediera Juan III, y sus concesiones provocaron la irreparable catástrofe. Un Congreso reunido en Upsal exigióle juramento de promulgar la religion luterana bajo amenaza de inmediata expulsion. Amedrentado por estas amenazas, prestó el juramento público, y despues de haberlo prestado, siguiendo el consejo maquiavélico de los jesuitas, prestó sin escrúpulo de conciencia otro secreto revocando el anterior. Tal doblez le trajo la pérdida irremisible de su corona. Depusieronlo sus vasallos, y nombraron á una para sucederlo y reemplazarlo á Carlos IX, quien afirmó ya definitivamente la religion luterana en su importantísimo reino.

Pero ¿cómo extrañar estos ataques á reinos desconocidos, cuando la reaccion jesuítica se propuso vencer á pueblos, ya tan penetrados de la revolucion y tan decididos por ella, como la misma republicana Suiza? Los reformadores tomaron á una en sus montañas el aspecto poético de Guillermo Tell y sus legendarios compañeros; cada Iglesia parecia una colmena de miel espiritual, á cuyo aroma y dulzor iban las almas con desusado vuelo. Basilea reconcentró por la influencia de Holbein y Erasmo en su seno la idea del Renacimiento; Zurich personificó el protestantismo democrático y heróico en la inmortal personalidad de Zuinglio; Ginebra se pareció á un manantial de dogmas nuevos bebidos por los hugonotes de Francia, por los puritanos de Inglaterra, por los mendigos de Holanda, por los demócratas de América; Newchatel mismo poseyó al caballero sin tacha, Bayardo verdadero del alma, tan ardiente por la elevacion de su inteligencia en el pensar como activo en el proceder, por la fuerza de su voluntad; brazo de todos los combates heróicos; el cual duerme todavía sobre riente colina, en los vestíbulos de las catedrales trasformadas por su fe, como un paladin de la Edad media consumido en defensa de las creencias modernas. Y á pesar de este gran Farel, de Calvino, de Zuinglio, de Beza, de tantos ilustres reformadores, cuyo esfuerzo no podrá ser olvidado, Austria por el Tirol, Saboya por el Ródano y el Lemán, España por la Valtelina y el Tesino, asaltaban á todos los grandes cantones, con sus armas unas veces, y otras veces con sus ejércitos de capuchinos y de jesuitas, á cuyo frente se colocaban generales como el cardenal Borromeo; levantando fortalezas jesuíticas como el colegio de Lucerna, estableciendo ligas en Appenzell y los Grisones, como la liga borromea; consumando atentados